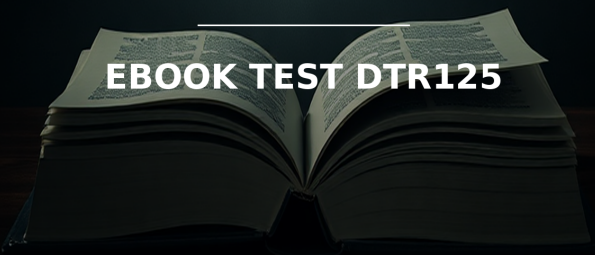


# **EBOOK Prueba DTR125**



**EBOOK TEST DTR125**

# Índice

1. El colapso alemán y el fin de la guerra
2. El asesinato que desató la guerra mundial
3. Escenarios posibles para una victoria alemana
4. Los términos de paz tras una victoria alemana
5. La ofensiva de primavera como última oportunidad

## *Capítulo 1*

# **El colapso alemán y el fin de la guerra**

En octubre de 1918, Alemania llevaba más de cuatro años luchando en la Primera Guerra Mundial y ya no podía continuar. Su ejército estaba diezmado y su población se moría de hambre. El país estaba al borde del colapso total. Con la derrota frente a sus ojos, los alemanes comprendieron que necesitaban sentarse a negociar. Finalmente, el 7 de noviembre solicitaron un alto al fuego y cuatro días después este fue firmado. La Primera Guerra Mundial había terminado.

Sería fácil pensar que la derrota de Alemania era inevitable, que nunca tuvo una verdadera oportunidad; que con las fuerzas combinadas de Gran Bretaña, Francia, Rusia e Italia, el país y sus aliados no tenían nada que hacer. Sin embargo, eso no es necesariamente así. De hecho, hubo momentos en que Alemania estuvo muy cerca de ganar, y no resulta difícil imaginar un escenario en el que lo hubiera logrado.

De ahí surge la gran pregunta: ¿qué habría pasado si lo lograba? Si Alemania hubiera ganado la Primera Guerra Mundial y hubiera podido imponer los términos de la paz, ¿qué habría hecho? ¿Habría actuado como cuando derrotó a Francia cuarenta años antes, durante la guerra franco-prusiana? Al término de aquel conflicto, los

alemanes impusieron condiciones bastante moderadas y no fueron, ni de lejos, tan agresivos como podrían haber sido. ¿O, por el contrario, se habrían comportado como lo hicieron después bajo el mando de Hitler, anexando enormes partes de Europa y cometiendo genocidios contra poblaciones enteras?

Las páginas que siguen intentan especular sobre estas preguntas. Por supuesto, nunca podremos saberlo con certeza.

## *Capítulo 2*

# **El asesinato que desató la guerra mundial**

La guerra no parecía inminente. Si bien existían tensiones entre las naciones, estas se habían mantenido más o menos bajo control. Sin embargo, el 28 de junio, el heredero del Imperio Austrohúngaro fue asesinado por un nacionalista serbio. Ese acto de terrorismo desencadenó una sorprendente cadena de acontecimientos que terminaría convirtiéndose en la guerra más grande que el mundo había visto hasta entonces.

Alemania fue uno de los actores clave en la escalada del conflicto. Declaró que apoyaría a Austria sin importar lo que esta decidiera hacer tras el asesinato de su heredero, e incluso cuando Austria le declaró la guerra a Serbia, Alemania la respaldó totalmente. Después, Rusia se movilizó para apoyar a Serbia, su aliada. Alemania interpretó eso como un acto de agresión y, el primero de agosto de 1914, le declaró la guerra a Rusia. Con Rusia y Alemania en guerra, otra gran potencia se sumó al conflicto: Francia, aliada de Rusia, a quien Alemania le declaró la guerra dos días después.

Alemania, sin embargo, no quería limitarse a combatir a la defensiva. Tenía un plan para lograr una victoria rápida, conocido como el Plan Schlieffen. La idea era invadir Francia de forma veloz y sacarla de la guerra antes de que Rusia tuviera tiempo de movilizar a

su ejército. Para lograrlo, Alemania planeaba entrar a través de Bélgica, evitando así la fuertemente fortificada frontera franco-alemana. Cuando las tropas alemanas cruzaron Bélgica, el Reino Unido declaró la guerra a Alemania, y así, de un momento a otro, Alemania y Austria se encontraron enfrentadas a las fuerzas combinadas de Gran Bretaña, Francia y Rusia.

Al principio, la invasión alemana de Francia avanzaba muy bien. En menos de un mes, las tropas alemanas estaban ya muy cerca de París. Todo indicaba que el plan funcionaría a la perfección y que Alemania ganaría la guerra con rapidez. Pero entonces, en la batalla del Marne, a apenas unos sesenta kilómetros de la capital francesa, un millón de soldados franceses lograron detener el avance alemán. El fracaso en tomar París fue un desastre para Alemania, pues significaba que su plan para evitar una guerra en dos frentes había fracasado. Ahora tendrían que combatir en el este y en el oeste al mismo tiempo.

En Francia, la guerra se estancó y se convirtió rápidamente en una brutal guerra de trincheras, con ambos bandos cavando posiciones para resistir en lugar de avanzar. En el frente oriental, Rusia estuvo lista para la guerra mucho antes de lo esperado y fue la primera en actuar, intentando tomar la ofensiva para forzar la rendición alemana. En agosto, las tropas rusas penetraron en territorio enemigo, pero la ofensiva fue un desastre total. Los alemanes aniquilaron a dos ejércitos rusos, obligándolos a retroceder más allá de la frontera. Los rusos no lograron avanzar y perdieron unos doscientos cincuenta mil hombres, mientras que Alemania perdió solamente cuarenta mil.

Al terminar el año 1914, la situación para Alemania no era del todo mala. Estaban librando exactamente esa guerra en dos frentes

que habían querido evitar a toda costa, pero lograban resistir. De hecho, al año siguiente pudieron pasar a la ofensiva contra Rusia. En mayo, con apoyo austriaco, lanzaron un gran ataque que rompió las líneas rusas y obligó a los rusos a retroceder, cediendo gran parte del este de Europa. Fue un gran éxito para Alemania, aunque no suficiente para sacar a Rusia de la guerra.

En el frente occidental, la dura guerra de trincheras continuaba. Las condiciones eran horribles: el frío extremo, el barro, las enfermedades y la amenaza constante de la artillería eran solo algunas de las penalidades que los soldados debían soportar. Era ya evidente que esta sería una guerra de desgaste, una lucha para ver quién agotaba antes a sus hombres y sus recursos. Esto no favorecía en absoluto a Alemania, que contaba con una población más pequeña que la de sus enemigos y además sufría un devastador bloqueo naval británico. Sus importaciones estaban gravemente restringidas, lo que causaba escasez en el interior del país. Aunque el ejército alemán era probablemente el mejor del mundo, en una guerra de desgaste Alemania corría el riesgo de colapsar antes que sus adversarios.

El año 1916 tampoco resultó especialmente exitoso para Alemania. En el frente occidental se libraron algunas de las batallas más célebres de la guerra, como las de Verdún y el Somme, pero ninguno de los bandos logró avanzar de forma significativa. En el frente oriental, Rusia lanzó una gran ofensiva contra Austria-Hungría y estuvo muy cerca de sacarla de la guerra. Con Austria-Hungría al borde del colapso, Alemania se vio obligada a enviar hombres y recursos que necesitaba desesperadamente, solo para mantener a su aliado a flote.

A estas alturas, la situación dentro de Alemania comenzaba a volverse crítica. El bloqueo naval británico, combinado con una mala cosecha de patatas, provocó una grave escasez de alimentos. En su desesperación, el gobierno empezó a repartir nabos, un alimento que normalmente se usaba como forraje para animales. La desnutrición se volvió generalizada, especialmente entre la clase trabajadora y los niños, lo que trajo consigo enfermedades como la tuberculosis y el raquitismo. La moral pública cayó en picada. La población estaba agotada por la guerra interminable y por el hambre que la acompañaba. Al comienzo del conflicto había existido un fuerte apoyo patriótico, pero para 1917 ese entusiasmo había prácticamente desaparecido. Se produjeron huelgas y protestas en muchas ciudades alemanas; en abril, por ejemplo, más de doscientos mil trabajadores abandonaron sus puestos solo en Berlín, exigiendo paz, mejores salarios y alimentos. El gobierno respondió con dureza, pero no logró contener del todo la crisis.

Viendo que la guerra no iba a su favor, Alemania decidió hacer una apuesta desesperada para romper el estancamiento. Optó por usar sus submarinos para atacar barcos civiles en el Atlántico, con la esperanza de que eso obligaría al Reino Unido a rendirse por falta de suministros. Sin embargo, esa estrategia entrañaba un gran riesgo: hundir barcos civiles significaba matar ciudadanos estadounidenses, lo cual podría provocar que Estados Unidos entrara en la guerra. Los líderes militares alemanes eran conscientes de ese peligro, pero consideraban que el Reino Unido estaba a punto de colapsar y que podrían ganar la guerra antes de que Estados Unidos llegara a intervenir.

La apuesta salió terriblemente mal. En apenas dos meses, los submarinos alemanes habían hundido diez barcos estadounidenses y

matado al menos a veinticuatro ciudadanos norteamericanos. Finalmente, en abril de 1917, Estados Unidos declaró la guerra a Alemania, lo que supuso un desastre absoluto para los alemanes. Estados Unidos no era un país cualquiera: era en ese momento el más rico y el más industrializado del mundo, y sus tropas comenzaron a llegar a Francia con rapidez.

No obstante, había una buena noticia para Alemania. En Rusia, una revolución había derrocado al zar, desestabilizando profundamente su ejército. A finales de ese mismo año, los bolcheviques tomaron el poder y prometieron retirar a Rusia de la guerra. Aquello podría haber sido un punto de inflexión decisivo, pues un enorme número de soldados alemanes quedaba libre para combatir en Francia. Sin embargo, los líderes alemanes se excedieron. Con Rusia derrotada, intentaron tomar el control de grandes partes de Europa del este, entre ellas los países bálticos, Bielorrusia y Ucrania, con la intención de convertir esas regiones en estados títeres controlados desde Berlín. Como era de esperarse, las poblaciones locales no estaban dispuestas a aceptarlo, y se desataron una fuerte resistencia, disturbios e inestabilidad generalizada. Eso obligó a Alemania a mantener un millón de soldados en esos territorios solo para conservar el control, hombres que hacían mucha falta en Francia, donde la situación empeoraba cada vez más. Las tropas estadounidenses seguían llegando y pronto serían muchas más de las que Alemania podría enfrentar.

En un último intento desesperado por ganar la guerra, Alemania lanzó una gran ofensiva en marzo de 1918. Al principio fue increíblemente exitosa: llegaron a estar al alcance de la artillería de París, en el avance más grande logrado por cualquier bando en años. Pero esas victorias tuvieron un costo muy elevado, y Alemania no

pudo sostener el esfuerzo. En las semanas siguientes, la situación dio un giro radical. Con el apoyo de un enorme contingente de tropas estadounidenses, los aliados lanzaron una contraofensiva masiva, conocida como la Ofensiva de los Cien Días, que rompió por completo las líneas alemanas y los obligó a una retirada total.

Para colmo, los aliados de Alemania también empezaban a colapsar. Bulgaria firmó un armisticio en septiembre, el Imperio Otomano lo hizo en octubre y, a comienzos de noviembre, Austria-Hungría, el aliado más cercano de Alemania, también se rindió. Alemania quedó entonces completamente sola.

En el interior del país, la situación era catastrófica. La población moría de hambre a causa del bloqueo británico. A finales de octubre, la armada alemana recibió la orden de lanzar un ataque suicida contra los británicos en el mar del Norte. Los marineros, sin embargo, se negaron y se amotinaron, y esa rebelión encendió una revolución en todo el país. Los soldados se negaban a combatir, los trabajadores se negaban a trabajar y en su lugar organizaban huelgas. A comienzos de noviembre, las ciudades estaban en plena revuelta. Finalmente, el 9 de noviembre, el káiser Guillermo II abdicó y huyó a los Países Bajos. Dos días después, el 11 de noviembre de 1918, Alemania firmó un armisticio. La guerra había terminado.

### *Capítulo 3*

## **Escenarios posibles para una victoria alemana**

En un mundo en el que Alemania hubiera ganado la Primera Guerra Mundial, conviene examinar primero algunas de las formas en que eso pudo haber ocurrido. Existe, por supuesto, una cantidad infinita de escenarios posibles, pero basta con repasar algunos de los más significativos.

Un primer escenario sería aquel en que Alemania no hubiera invadido Bélgica en 1914. Lo hizo porque quería evitar la frontera con Francia, que estaba fuertemente fortificada y habría frenado considerablemente su avance. Sin embargo, el problema de atravesar Bélgica fue que esa decisión arrastró al Reino Unido a la guerra. Antes de la invasión alemana, Gran Bretaña no estaba demasiado dispuesta a participar; hasta el último momento se inclinaba por mantenerse al margen. Solo cambió de postura cuando Alemania invadió Bélgica, un país cuya seguridad los británicos habían garantizado. Es imposible saber con certeza si Gran Bretaña se habría mantenido fuera del conflicto de no haber ocurrido aquello, pero es muy posible que así hubiera sido. Y resulta evidente que, sin la participación británica, Alemania habría tenido opciones reales de vencer. En total, unos seis millones de hombres del Imperio británico tomaron parte en la guerra, y la gran mayoría combatió en Francia. Sin ese apoyo, es muy probable que Alemania hubiera logrado

doblegar a los franceses.

Otra forma en que Alemania podría haber ganado es que su aliada Austria-Hungría hubiera sido más competente. Austria-Hungría tuvo uno de los peores desempeños de toda la guerra, lo que obligó a Alemania a enviar tropas constantemente para rescatarla. En 1914, por ejemplo, mientras Alemania invadía Francia, Austria-Hungría estaba siendo invadida por Rusia. El ejército austriaco tuvo un rendimiento desastroso y perdió mucho terreno. Para evitar un colapso total, Alemania tuvo que intervenir y envió unos doscientos mil soldados como refuerzo. Eso estabilizó el frente y permitió que Austria-Hungría siguiera en la guerra, pero posiblemente le costó muy caro a Alemania en el frente francés. De haber tenido esos hombres disponibles, tal vez habría logrado tomar París y sacar a Francia de la guerra, tal como lo había planeado.

Un último escenario que merece consideración es aquel en que Alemania hubiera logrado evitar la entrada de Estados Unidos en el conflicto. La forma más clara de haberlo conseguido habría sido no utilizar submarinos para atacar barcos civiles en el Atlántico. Alemania inició esa política muy pronto, ya en febrero de 1915, y apenas tres meses después hundió por accidente el Lusitania, que llevaba a bordo más de cien ciudadanos estadounidenses. Desesperados por mantener a Estados Unidos fuera del conflicto, los alemanes decidieron suspender la política. Sin embargo, a medida que la situación se volvió más desesperada, en febrero de 1917 decidieron retomarla. Bastaron un par de meses para que esa decisión provocara la entrada de Estados Unidos en la guerra.

La contribución estadounidense fue crucial para la derrota final de Alemania. En total, los estadounidenses enviaron alrededor de dos

millones de soldados al frente y aportaron además una enorme cantidad de alimentos y municiones a Gran Bretaña y Francia, lo que les permitió seguir combatiendo. A ello se sumó un apoyo financiero de unos siete mil millones de dólares en préstamos, cifra que representaba más del diez por ciento del PIB de la época y que, en términos actuales, equivaldría a que Estados Unidos prestara a otro país alrededor de tres billones de dólares. En conjunto, la contribución estadounidense fue absolutamente decisiva, y es muy posible que los aliados no hubieran ganado sin ella.

## *Capítulo 4*

# **Los términos de paz tras una victoria alemana**

Lo primero que hay que determinar es en qué momento Alemania habría ganado la guerra. Por ejemplo, si hubiera ganado muy rápido en 1914, los términos de paz habrían sido probablemente bastante moderados. Una guerra corta, con menos muertos, habría generado menos resentimiento y menos deseo de venganza. Esta hipótesis se sustenta en lo que ya había ocurrido anteriormente. En 1870, Francia y Alemania se enfrentaron en la guerra franco-prusiana, y Alemania ganó de forma aplastante. Los alemanes habrían podido imponer casi cualquier condición a los franceses, pero al final no fueron tan duros como hubieran podido ser. Exigieron reparaciones y tomaron algo de territorio, pero mucho menos de lo que habrían podido tomar. Y eso se debió, en gran parte, a que la guerra fue corta: duró solo seis meses, y lo más intenso terminó en cuestión de semanas. Trasladando esta lógica a la Primera Guerra Mundial, si Alemania hubiera vuelto a ganar con rapidez, los términos de paz habrían sido muy similares. En cambio, si la victoria alemana se hubiera producido en 1918, tras cuatro años de muertes y odio creciente, su actitud habría sido completamente distinta: habrían impuesto una paz mucho más dura y punitiva, y se habrían quedado con mucho más territorio.

Naturalmente, lo que Alemania habría hecho en la práctica solo puede ser objeto de especulación. Sin embargo, existen documentos

clave que pueden servir de base para esas especulaciones: el Programa de Septiembre de 1914 y el Tratado de Brest-Litovsk de 1918.

El Programa de Septiembre fue un documento redactado por el canciller alemán Bethmann Hollweg al inicio de la guerra. Es, en esencia, una lista de objetivos: detalla todo lo que el canciller esperaba que Alemania obtuviera al ganar el conflicto. Se trata de un documento muy breve, de aproximadamente una página, dividido en seis secciones, cada una dedicada a un país o región diferente.

La primera sección, la más extensa, trata sobre Francia. El canciller exige la anexión de la región de Briey, rica en mineral de hierro, y menciona otras regiones que podrían ser anexionadas si el ejército lo consideraba conveniente. Además, reclama una indemnización de guerra que, en sus propias palabras, «debe ser tan alta que Francia no pueda, en los próximos dieciocho o veinte años, gastar grandes sumas en armamento». A esto se añade la exigencia de una dominación económica total: el canciller afirma textualmente que Francia debe firmar un tratado comercial que la haga dependiente de Alemania, que la convierta en su mercado de exportación y permita excluir el comercio británico del país.

La segunda sección trata sobre Bélgica. Se pide nuevamente la anexión de algunas regiones y se establece que, si Bélgica continúa existiendo como Estado, debe «reducirse a un estado vasallo», ceder derechos de ocupación en puertos estratégicos, poner su costa a disposición de Alemania y convertirse económicamente en una provincia alemana. El documento señala que hacer de Bélgica un estado vasallo tiene «las ventajas de una anexión sin los inconvenientes políticos internos». Curiosamente, ese nuevo estado

vasallo sería más extenso que el Bélgica original, pues se le transferirían territorios franceses: Dunkerque, Calais y Boulogne pasarían a formar parte de Bélgica y, por tanto, de la esfera de control alemana.

El resto del documento, aunque menos extenso, también formula exigencias importantes. Luxemburgo debía ser anexionado, y los Países Bajos quedarían bajo una influencia alemana más estrecha. El canciller propone además crear una zona económica común que «establezca la supremacía económica de Alemania en Europa central». Llama la atención que el documento diga muy poco sobre África o Europa del Este, limitándose a señalar que esos planes se definirían más adelante.

Como puede apreciarse, el canciller alemán aspiraba claramente a que Alemania dominara Europa. Dicho esto, el documento tampoco es tan agresivo como podría haber sido, y hay que tomarlo con cautela: era únicamente un memorando interno, no una política oficial, nunca fue divulgado al público y ni siquiera se sabe cuántos políticos alemanes lo leyeron ni qué opinaban de él. Aun así, es razonable suponer que otros líderes alemanes pensaban en líneas bastante similares.

La otra pieza clave que puede analizarse es el Tratado de Brest-Litovsk de 1918. Como Alemania perdió la guerra al final, es fácil olvidar que en el frente oriental, en realidad, la ganó. Rusia atravesó su revolución y se derrumbó, lo que la obligó a negociar con los alemanes. Decir que estos fueron agresivos en su postura es quedarse corto. Cuando las dos delegaciones se reunieron, los rusos quedaron impactados por las exigencias alemanas. Al principio se resistieron, pero ante la amenaza de invasión, los soviéticos cedieron.

En virtud del acuerdo, Rusia tuvo que renunciar a sus derechos sobre un territorio enorme: perdió Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Ucrania y gran parte de Bielorrusia. Durante siglos, esas regiones habían formado parte del Imperio ruso, pero según el tratado, Rusia no podía interferir en absoluto en sus asuntos internos. En palabras del propio tratado: «Rusia debe abstenerse de toda interferencia en los asuntos internos de estos territorios; Alemania y Austria-Hungría determinarán el estatus futuro de esas regiones de acuerdo con su población». Con ello, Alemania pasó a controlar una enorme porción del este de Europa y planeaba extraer de esas zonas todo lo posible, dominándolas por completo y convirtiéndolas en colonias bajo su control imperial.

Un buen ejemplo de esto es el trato que recibió Ucrania. Las tropas alemanas ocuparon las ciudades y tomaron el control de los ferrocarriles y las terminales. Se instaló además una oficina alemana en Kiev, la capital, que administraba el país como si fuera una colonia. Según el historiador alemán Fritz Fischer, los alemanes ejercían una influencia permanente sobre todo el sistema económico ucraniano: aduanas, tarifas, préstamos, comercio exterior y, en resumen, sobre toda la política económica del país. Eso les permitía no solo observar, sino también intervenir activamente, por ejemplo, en la creación de bancos o la construcción de puertos.

Con ese control absoluto, Alemania comenzó a extraer todo lo que podía del país. Lo que más les interesaba era la comida, pues Alemania sufría una grave escasez y tenía dificultades para alimentar tanto a su ejército como a su población civil. Para ilustrar la magnitud de ese interés, basta con mencionar las cifras que los alemanes exigieron al gobierno ucraniano: un millón de toneladas de grano, doscientas mil cabezas de ganado y quinientos millones de

huevos. Tan centrados estaban en obtener alimentos que al acuerdo lo llamaron «la paz del pan».

El trato que Alemania dispensó a Ucrania fue similar al que dio a otras naciones bajo su control. Otro ejemplo ilustrativo es el de Rumania. Rumania no había formado parte del Imperio ruso; era un país independiente que se había unido a la guerra en 1916 del lado contrario a Alemania y Austria-Hungría. Sin embargo, cuando Rusia se retiró del conflicto, Rumania quedó luchando sola en el frente oriental y se vio obligada a rendirse ante los alemanes. Y, como en Ucrania, las exigencias fueron enormes. Durante los diez años siguientes, Rumania debía entregar todo su excedente de grano a Alemania y Austria-Hungría, conservando únicamente lo necesario para alimentar a su propia población. El tratado estipulaba expresamente que Rumania no podía exportar grano a ningún otro país mientras no se hubieran satisfecho por completo las necesidades de Alemania y Austria-Hungría.

En algunas regiones, estas exigencias tan extremas causaron un gran sufrimiento humano. En Moldavia, por ejemplo, la escasez de comida, combustible y medicinas provocó una epidemia de tifus que mató a unas ochenta mil personas.

Como puede verse, tras su victoria en el frente oriental, los alemanes fueron extraordinariamente duros con las poblaciones locales. Solo atendían a sus propias necesidades, sin importarles el sufrimiento que pudieran causar.

## *Capítulo 5*

# **La ofensiva de primavera como última oportunidad**

Pasado si Alemania hubiera ganado. El escenario específico que quiero considerar es aquel en el que Alemania hubiera tenido éxito en su ofensiva de primavera de 1918. Para recordarlo, en ese momento las cosas no pintaban bien para los alemanes. Sin embargo, había una pequeña esperanza, porque Rusia acababa de colapsar y se había retirado de la guerra. Eso liberó aproximadamente 700.000 soldados alemanes que podían enviarse al frente occidental para intentar romper el estancamiento allí. Era la última oportunidad de Alemania: si iban a ganar, tenía que ser en ese momento, porque cada día llegaban enormes cantidades de tropas estadounidenses. La ofensiva fue inicialmente muy exitosa, y los alemanes llegaron a avanzar hasta casi la mitad del camino hacia París.

El escenario hipotético que quiero plantear es aquel en el que los alemanes logran seguir avanzando y forzar la rendición de Francia. Si Francia salía de la guerra, habría sido casi imposible para Gran Bretaña y Estados Unidos continuar luchando, dado que el conflicto se libraba en suelo francés. Con eso, Alemania habría ganado efectivamente la guerra y se habría convertido en el amo indiscutido de Europa. La pregunta, entonces, es: ¿qué habría hecho a continuación?

Primero, pensemos en lo que Alemania habría hecho con Rusia. La gran cuestión es qué habrían hecho con la revolución comunista que se estaba desarrollando en esos momentos. Podemos estar absolutamente seguros de que Alemania no habría aceptado que Rusia se volviera comunista, ya que también enfrentaba su propia amenaza interna. Había varios grupos comunistas en Alemania, como la Liga Espartaquista o la Asociación de Trabajadores Alemanes, que trabajaban sin descanso para provocar una revolución. La Liga Espartaquista pedía el derrocamiento de la monarquía y la creación de una república socialista, e intentaba lograrlo distribuyendo panfletos revolucionarios y organizando huelgas de trabajadores. Hasta ese momento esos grupos no representaban un gran problema, pero si Rusia se volvía comunista, todo eso se volvería mucho más peligroso. Desde Moscú, lo más probable es que les enviaran dinero y armas para impulsar una revolución en Alemania. De hecho, los comunistas rusos hablaban abiertamente de su deseo de una revolución mundial y estaban dispuestos a hacer lo que fuera para lograrlo. Y más allá de la amenaza directa a Alemania, también estaba la posibilidad de una revolución comunista en alguna de sus nuevas colonias en Europa del Este, lo que habría generado una gran inestabilidad y, como mínimo, un enorme dolor de cabeza para los alemanes.

En resumen, podemos estar seguros de que Alemania no habría aceptado que Rusia siguiera siendo comunista, pero eso nos deja con la pregunta de qué habrían hecho exactamente para responder ante esa situación. Es importante recordar que, tras la revolución rusa, los comunistas no tuvieron el poder asegurado desde el inicio: hubo una guerra civil que duró aproximadamente dos años, y creo que los alemanes habrían intervenido en ese conflicto para asegurarse de que

los comunistas terminaran perdiendo. Es difícil saber exactamente qué habría sido necesario, pero creo que no hubiera sido tan complicado como parece. Tal vez habría bastado con enviar armas y dinero a la coalición que luchaba contra los comunistas y, si eso no funcionaba, entonces sí habrían tenido que enviar tropas. No se trataría de una guerra total contra Rusia, sino de inclinar la balanza en una guerra civil que ya estaba muy reñida. Es importante recordar que, en sus inicios, los comunistas no eran nada populares en Rusia. Muchos rusos, quizás incluso la mayoría, estaban en contra del comunismo. De hecho, cuando se celebraron elecciones en noviembre de 1917, los comunistas obtuvieron solo el 23% de los votos, lo cual demuestra que no contaban con tanto apoyo real.

En general, creo que habría sido posible que Alemania impidiera que el comunismo tomara el poder en Rusia. Una vez logrado eso, los alemanes se habrían asegurado de que un gobierno afín tomara el poder, pues habrían querido mantener toda la influencia posible sobre el país. También creo que habrían obligado a ese nuevo gobierno ruso a firmar un tratado muy desfavorable, similar al que Ucrania tuvo que firmar, exigiéndole la entrega de alimentos, materias primas o cualquier otra cosa que los alemanes demandaran.

En los años siguientes, creo que la historia habría sido principalmente la de una Rusia que poco a poco se recuperaba y ganaba poder, frente a una Alemania que con el tiempo iba perdiendo influencia. El momento de mayor influencia alemana habría sido justo después de intervenir en la guerra civil y ayudar a los anticomunistas a tomar el poder, cuando Rusia se encontraría en su punto más débil, tras haber luchado en la Primera Guerra Mundial y sido devastada por la guerra civil. Pero Rusia no habría permanecido débil para siempre: es un país enorme, con una población gigantesca,

y habría logrado recuperarse con rapidez para volver a ser una potencia formidable. Eso inevitablemente significaría que la influencia de Alemania en Rusia iría disminuyendo con el tiempo.

En cuanto al resto de Europa del Este, podemos hacernos una buena idea de lo que les habría ocurrido a esos países a partir de lo que hizo Alemania en esa región tras ganar en el frente oriental. Creo que su objetivo habría sido gobernar toda Europa del Este como si fuera un imperio. No creo, sin embargo, que esas regiones hubieran sido anexadas oficialmente al Imperio alemán, pues eso habría acarreado una serie de problemas muy complicados: las poblaciones de esas regiones se habrían convertido en ciudadanos alemanes y, como tales, habrían tenido derecho a votar, algo que los alemanes claramente habrían querido evitar. Lo más probable es que Alemania hubiera permitido que países como Ucrania, los estados bálticos o Rumanía siguieran siendo independientes sobre el papel, pero en la práctica los controlaría como estados vasallos. Alemania habría intentado mantener toda la influencia posible y extraer de esas regiones todo lo que pudiera a nivel económico, y si alguno de esos estados llegaba a rebelarse contra el dominio alemán, creo que Berlín no habría dudado en usar la fuerza para derrocar a su gobierno y colocar uno alineado con sus intereses.

Analizado lo que podría haber ocurrido en Europa del Este, conviene examinar ahora qué habría hecho Alemania en Europa Occidental, una cuestión considerablemente más compleja. Creo que lo más importante a tener en cuenta es que, aunque Alemania habría tenido mucho poder para imponer condiciones de paz a Francia y Bélgica, habría tenido muy poca influencia sobre el Reino Unido y ninguna sobre Estados Unidos. Invadir Francia y provocar su colapso le habría dado la victoria a Alemania y puesto fin a los combates,

pero no habría tenido ninguna forma real de dañar al Reino Unido. Gran Bretaña poseía la armada más grande del mundo, de modo que no había forma de invadirla. Ganar la guerra le habría dado a Alemania el dominio total de Europa, pero para los británicos eso no habría importado tanto, pues el Reino Unido tenía un imperio marítimo y global, el más grande que había existido, y aunque Alemania dominara todo el continente, no estaría en condiciones de desafiar ese poder.

Todo esto significa que, incluso si Alemania vencía a Francia, no habría podido imponerle condiciones de paz al Reino Unido. De hecho, Gran Bretaña y Estados Unidos podrían haber seguido luchando si así lo hubieran decidido, lo que les habría otorgado un peso considerable a la hora de determinar qué ocurría con Francia. Si Alemania intentaba tratar muy mal a Francia, los británicos y los estadounidenses podían haberse negado a firmar un tratado de paz, mantener el bloqueo naval y continuar la guerra en las colonias. En resumen, si Alemania quería una paz que incluyera al Reino Unido y a Estados Unidos, tenía que tratar a Francia de una forma aceptable para ellos.

La pregunta, entonces, es qué habrían hecho el Reino Unido y Estados Unidos: ¿habrían defendido a Francia para evitar que Alemania fuera demasiado agresiva, o simplemente la habrían abandonado? Lo cierto es que había personas tanto en Estados Unidos como en el Reino Unido dispuestas a dejar a Francia a su suerte. En Estados Unidos existía un movimiento aislacionista bastante fuerte. De hecho, el propio presidente Woodrow Wilson ganó las elecciones prometiendo que no se involucraría en la guerra, y en el Congreso también había quienes pensaban que Estados Unidos no debía inmiscuirse en los asuntos de Europa. Un buen

ejemplo de ello es el senador Robert La Follette, quien siempre estuvo en contra de la entrada de Estados Unidos en la guerra. En un discurso ante el Senado declaró: «Mantengámonos firmes contra la guerra y el futuro nos sonreirá. El homicidio colectivo no puede establecer los derechos humanos; que nuestro país entre en la guerra europea sería una traición a la humanidad.» Podemos estar bastante seguros de que, si Francia colapsaba, personas como La Follette no habrían querido que Estados Unidos hiciera nada para protegerla de las exigencias alemanas.

En el Reino Unido también había personas que pensaban de forma similar. Un ejemplo conocido fue Henry Petty-FitzMaurice, el Marqués de Lansdowne, quien había sido ministro de Asuntos Exteriores y ocupó cargos importantes hasta finales de 1916. Al año siguiente escribió una carta célebre en la que pedía que el Reino Unido abandonara a Francia y firmara la paz con Alemania. En ella escribía: «No vamos a perder esta guerra, pero su prolongación traerá la ruina al mundo civilizado y un sufrimiento humano aún mayor al que ya está soportando.»

Sin embargo, si el Reino Unido y Estados Unidos hubieran hecho lo que proponían hombres como Lansdowne y hubieran abandonado a Francia, creo que los alemanes habrían sido extremadamente agresivos con sus exigencias. El llamado Programa de Septiembre, el plan elaborado por el canciller alemán al comienzo de la guerra, contemplaba obligar a Francia a pagar una indemnización y anexionar parte de su territorio, mientras que Bélgica y los Países Bajos serían anexados o convertidos en estados vasallos. Creo que si Alemania ganaba en 1918, habría exigido muchísimo más de lo que proponía ese programa, pues para entonces ya estaba llena de resentimiento y amargura después de cuatro años sufriendo hambre a causa del

bloqueo naval. No podemos saber con certeza qué habrían exigido exactamente, pero es muy posible que impusieran condiciones similares a las que se le impusieron a Alemania en el Tratado de Versalles: límites al ejército francés, la aceptación de la culpa por haber iniciado la guerra, el pago de una indemnización enorme y, quizás, la anexión de parte de su territorio.

Resulta interesante imaginar qué habría ocurrido con Francia después de eso. Tratándose de Francia, parece casi inevitable que hubiera habido algún tipo de revolución, ya fuera desde la extrema izquierda o desde la extrema derecha. Francia contaba con un movimiento obrero muy fuerte, por lo que es fácil imaginar una revolución comunista, pero también había un antisemitismo muy arraigado en esa época, de modo que una revolución de ultraderecha al estilo nazi también parece plausible.

Dicho todo esto, en realidad creo que es poco probable que el Reino Unido y Estados Unidos hubieran abandonado por completo a Francia. La mayoría de los líderes en ambos países eran mucho más idealistas y habrían querido negociar un acuerdo de paz más justo. Un buen ejemplo de alguien que no habría querido dejar sola a Francia es el propio presidente Wilson, un hombre idealista cuya creencia más firme era que las naciones tenían derecho a la autodeterminación: cada país debía gobernarse por sí mismo, sin imposiciones de potencias extranjeras. Esa fue precisamente la razón por la que Wilson llevó a Estados Unidos a la guerra, con el propósito de destruir los viejos imperios que oprimían a los pueblos y construir un nuevo orden mundial basado en principios liberales. Wilson expresó estos ideales en un discurso ante el Congreso en febrero de 1918: «Estados Unidos entró en esta guerra porque fue forzado a compartir los sufrimientos y humillaciones que los poderes

militares de Alemania impusieron contra la paz y la seguridad de la humanidad.» Siendo Estados Unidos liderado por un hombre así, resulta difícil imaginar que hubiera permitido que Francia quedara a merced de Alemania. Lo mismo puede decirse del Reino Unido: los dos partidos principales controlaban casi todos los escaños del Parlamento y ambos estaban totalmente en contra de firmar la paz con Alemania si eso significaba dejar fuera a Francia.

Si el Reino Unido y Estados Unidos respaldaban a Francia, eso habría tenido consecuencias directas sobre el tratado de paz. Podemos estar seguros de que Alemania habría podido exigir mucho menos: es posible que ni siquiera hubiera podido pedir reparaciones ni anexar territorio. Todo habría dependido de cuánto estuvieran dispuestos a aceptar los británicos y los estadounidenses, pues el destino de Francia habría quedado, en última instancia, en manos de ambos.

Vale la pena mencionar también a otros dos imperios cuyo destino habría cambiado por completo si Alemania ganaba la guerra: el Imperio Otomano y el Imperio Austrohúngaro. Ambos imperios colapsaron tras la Primera Guerra Mundial, pero de haber ganado la guerra, probablemente habrían sobrevivido, lo que habría dado al mundo de hoy un desarrollo muy diferente. Fue al dividir el Imperio Otomano que se trazaron las fronteras actuales de Oriente Medio; si las potencias centrales hubieran ganado, esas fronteras habrían sido muy distintas y tal vez el mundo habría terminado con un gran superestado árabe, algo que muchos en aquella época deseaban. De forma similar, del colapso del Imperio Austrohúngaro nacieron muchas naciones nuevas. Aunque creo que ese Imperio siempre habría tenido dificultades para mantenerse unido a largo plazo, dado que era increíblemente diverso desde el punto de vista étnico y

muchos de sus grupos aspiraban a la independencia, de haber sobrevivido, su eventual fragmentación habría sido probablemente un proceso más lento y gradual.

En resumen, lo único que podemos afirmar con certeza es que si Alemania hubiera ganado la Primera Guerra Mundial, el mundo de hoy sería muy distinto. Aunque creo que los alemanes habrían sido duros, no creo que hubieran llegado a ser ni de cerca tan brutales como lo fueron durante la Segunda Guerra Mundial bajo los nazis. Y sea cual fuera el tratado de paz que se hubiera firmado, pienso que es muy poco probable que este hubiera resultado estable. Habría quedado mucho resentimiento en el ambiente, muchas cuentas sin saldar entre los países. Quizás, entonces, incluso si Alemania ganaba la Primera Guerra Mundial...